

# Relaciones raciales e imaginación sociológica

Everett C. Hughes

Everett Hughes, "Race relations and Sociological Imagination", *American Sociological Review*, Vol. 28, n° 6, diciembre 1963, pp. 879-890. Reproducido en Everett Hughes, *The sociological eye. Selected Papers*, New Brunswick, Transaction Publishers, 1971, pp. 478-495. **Traducción:** Federico Lorenc Valcarce. Investigador del CONICET en el Instituto de Investigaciones Gino Germani (Fsoc, UBA) y profesor adjunto de Teoría Sociológica en la Universidad Nacional de Mar del Plata)

279

Documentos

¿Hay algo nuevo que decir sobre las relaciones raciales? Eso me preguntó un colega que tiene un gran conocimiento y una profunda experiencia de las relaciones raciales norteamericanas –dado que él mismo es negro. Podría haber contestado que estaban ocurriendo cosas nuevas tanto aquí como en el resto del mundo; cosas de las que todavía podemos aprender.

Un joven colega que construye modelos y los pone a prueba en el laboratorio quería saber a qué problema teórico general iba a orientarse la presente discusión. Podría haberle respondido que las relaciones raciales son a tal punto aspectos de la mayoría de las sociedades, y presentan tal fluidez, que podría encontrarse en ellas un laboratorio viviente para casi cualquier problema de interacción social, identidad social y estructura social que uno pudiera imaginar.

Aunque estos puntos son realmente parte de mi discusión, subyace en el fondo una pregunta más profunda relativa a la sociología y a la vida social: ¿por qué los científicos sociales –y los sociólogos en particular– no previeron la explosión de acción colectiva de los afroamericanos orientada hacia una integración completa en la sociedad norteamericana? Se trata de una instancia particular de la cuestión más general relativa a la previsión sociológica de –y el involucramiento en– cambios sociales drásticos y masivos, y formas extremas de acción social.

Robert E. Park definía a las relaciones raciales de la siguiente manera:

...el término... incluye todas las relaciones que existen entre miembros de diferentes grupos étnicos y genéticos que son capaces de provocar conflictos raciales y conscien-

cia racial, o de determinar el estatus relativo de los grupos raciales de los que una comunidad está compuesta...<sup>1</sup>

La definición de Park hace del estudio de las relaciones raciales un aspecto del escrutinio de la sociedad en sí misma, no un problema especial que requiera conceptos especiales para su análisis.

En el mismo artículo habló de un gran movimiento entre las “minorías nacionales para controlar y dirigir sus propios destinos”; un movimiento que “empezó en Europa en la primera parte del siglo pasado y ahora se ha esparcido, como si fuese contagioso, hacia cada región del mundo; hacia cada región del mundo que, en algún grado, se ha sentido o todavía se siente oprimida en su vida provincial, autónoma, o, por cualquier otra razón, inferior en su estatus internacional.”<sup>2</sup>

1 Robert E. Park, “The Nature of Race Relations”, in E. T. Thompson (ed.), *Race Relations and the Race Problem*, Durham: Duke University Press, pp. 3-45. Reproducido en Park, *Race and Culture*, New York: Free Press, 1950, pp. 81-116. Ver p. 82. Continúa de este modo: “¿Cuál es, finalmente, la naturaleza precisa de las relaciones raciales que las distingue, en toda la variedad de condiciones en las cuales emergen, de otras formas fundamentales de relaciones humanas? La esencia de las relaciones raciales es que son relaciones entre extraños; de personas que están primariamente asociadas para propósitos seculares y prácticos; para el intercambio de bienes y servicios. Si no, son relaciones entre personas de diversas razas y culturas que se encuentran por el azar de la guerra y que, por alguna razón, no se han unido suficientemente por medio del matrimonio y el entrecruzamiento como para constituir una única comunidad étnica, con todo lo que ello implica.”

2 *Loc. cit.* La siguiente cita, más extensa, puede ser útil para el lector:

“En estas ciudades [del siglo XIX] está naciendo visiblemente una nueva civilización, nuevas gentes, el mundo moderno, con nuevas variedades locales de cultura.

“Una evidencia de esto es el repentino y extendido interés en el nacionalismo y en las nacionalidades locales. La lucha de grupos raciales y lingüísticos menores por alcanzar algún tipo de independencia y expresión individual de sus vidas tradicionales y nacionales, que comenzó en Europa en la primera parte del siglo pasado, se ha extendido ahora, como si fuese contagiosa, hacia cada región del mundo; hacia cada región del mundo que, en algún grado, se ha sentido o todavía se siente oprimida en su vida provincial, autónoma, o, por cualquier otra razón, inferior en su estatus internacional.

“Es interesante que esta ambición de las minorías nacionales, si puedo describirlas así, por controlar y dirigir sus propios destinos, de acuerdo con su propia tradición y sentido de los valores, no ha disminuido en lo más mínimo su interés en, o su determinación por, poseer y utilizar en su propio interés, todo el conocimiento técnico y todos los aparatos tecnológicos en que parece apoyarse el dominio de Europa en el mundo moderno.

“El actual movimiento nacionalista, asociado con la cesación práctica de la migración y la así llamada ‘devolución’ de las misiones, evidencia que estamos al final de una época en las relaciones humanas y sociales, y en el comienzo de otra.”

Los habitantes de este país nos lanzamos a ese gran movimiento de independencia nacional un poco antes del inicio del siglo XIX. Nunca homogéneos étnicamente, nos volvimos menos aún absorbiendo los restos de los imperios español y francés, importando trabajo negro desde África, y promoviendo la inmigración desde Europa y, por un tiempo, desde Asia. El movimiento continuó en América del Sur y Central; todos esos nuevos estados eran también racialmente mixtos. Las ciudades hispano-parlantes o luso-parlantes estaban rodeadas de latifundios poblados por trabajadores indígenas, africanos o mestizos, más allá de los cuales se extendían territorios cuyos habitantes no formaban parte de ningún cuerpo político. Al igual que en América del Norte, la inmigración desde Europa e incluso desde Asia continuó. A nuestro norte, Canadá asumió gradualmente el estatus de nación, por medio de una confederación de provincias, la más antigua de las cuales era la franco-parlante Quebec.<sup>3</sup>

En Europa, los imperios continentales comenzaron a hacerse pedazos; Bélgica, Grecia, Italia, Noruega, Finlandia y los estados de los Balcanes se convirtieron en estados-nación. Al final de la Primera Guerra Mundial, el proceso continuó hasta el punto en que un cinturón de estados independientes se formó entre Rusia y el Occidente. Establecidos en nombre de la autodeterminación de los pueblos –pueblos con lengua y cultura comunes gobernándose a sí mismos en su territorio histórico– ninguno de estos estados-nación correspondía al ideal. Todos contenían alguna minoría de otro pueblo que aquel en cuyo nombre se había clamado por la independencia. Tampoco, realmente, ninguno de los estados dominantes de los cuales se independizaron estos pueblos se convirtió a través de esta limpieza en un país con una sola lengua y un solo pueblo. Alemania intentó revertir la tendencia bajo Hitler, pero terminó más pequeña que nunca, como dos estados racialmente más puros –en sentido amplio– que cualquier otro en Europa. En ese sentido, Hitler ganó.

Los ganadores de la Primera Guerra Mundial proponían la autodeterminación de los pueblos europeos, pero tenían imperios de ultramar a los que no aplicaban ese principio –como Max Weber lo señalaba en un discurso de aquella época.<sup>4</sup> Su turno llegó después de la Segunda Guerra Mundial. Sus posesiones en Asia, África y Oceanía buscaron y obtuvieron la independencia política. Ninguna de estas antiguas colonias es racialmente homogénea. India, Indonesia, las Filipinas, todas contienen una variedad de lenguas, religiones históricas, culturas y tribus. Las migraciones masivas, algunas voluntarias, otras forzadas, hicieron a los pueblos más conscientes de esas divisiones. En los pequeños estados artificiales de las antiguas colonias francesas en Asia, probablemente poca gente sabe en qué estado vive. En

3 Nueva Zelandia, Australia y la Unión Sudafricana se convirtieron, al igual que Canadá, en estados autogobernados con minorías, fuesen indígenas o europeas, o ambas.

4 Max Weber, “Deutschland unter den europäischen Weltmächten (Octubre, 1916)”, en *Gesammelte Politische Schriften*, Munich: Drei Masken Verlag, 1921, pp. 73-93. Ver pp. 89-90.

Medio Oriente y el norte de África, una serie de estados, supuestamente de religión musulmana y cultura árabe, son en realidad un mosaico de lenguajes, sectas, tribus, razas, clases y “comunidades”. Israel, enclavado en medio de ellos, es en sí mismo una olla a presión étnica; allí se exige la conformidad lingüística y patriótica.

En Sudáfrica, el más viejo estado al sur del Sahara, la población europea está dividida en mayoría y minoría, al tiempo que no constituye más que una fracción de la población total del país. Los africanos negros, otrora tribales, están siendo fundidos en algo así como una entidad por el esfuerzo de los europeos de protegerse de ellos. Entre los mismos europeos, la antigua minoría de los Afrikáners se ha convertido en el grupo dominante en la política, mientras los sudafricanos ingleses todavía dominan la economía. Los otros países y las pocas colonias que todavía subsisten en la África subsahariana son diversos en lengua, cultura, lealtades tribales y grado de integración en la vida y la economía moderna y urbana. Tan diversos son que el lenguaje de la lucha por la independencia es generalmente el del opresor del cual buscan emanciparse; lenguaje en ambos sentidos, como letras y palabras, y como filosofía social y política. Un toque de canto y ritmo africano hace que la retórica parezca más indígena de lo que es. Así, Portugal salvó su imperio gracias a no haber enseñado a sus súbditos africanos el lenguaje de la independencia, en cualquiera de sus sentidos.

Todos estos países africanos son puestos de observación para quienes se interesan por el proceso de construcción de la nación sobre el que Bagehot escribió un ensayo clásico hace un siglo. El desarrollo de un sentimiento de identidad nacional, antes que local o tribal, continúa de manera dolorosa en algunos de ellos.<sup>5</sup> Lucy Mair piensa que su crecimiento no depende de un estado mental inducido por la propaganda, sino de la estructura social. Las ciudades, las comunicaciones, la educación y la experiencia del empleo industrial crearán personas que han de identificarse con una nación. “La estructura de una sociedad industrial, dice, es tal que ninguna sección de ella puede perseguir su interés tratando de separarse del resto”.<sup>6</sup> Esté o no en lo correcto sobre este punto, ciertamente los nuevos estados africanos no son todavía naciones. Puede ser que el estado produzca a la nación, y no a la inversa.

Este tremendo florecimiento de los llamados estados-nación tuvo lugar en un tiempo de migraciones colosales, voluntarias o forzosas, de personas buscando tierra o requeridas como mano de obra para la agricultura industrial, la industria extractiva u otras industrias más avanzadas. La migración produce poblaciones diversificadas. Incluso Japón, quizás la nación con el más fuerte mito de la homogeneidad nacional, incorporó una gran población de pueblos extraños mientras se industrializaba y se convertía en un imperio –coreanos, okinawenses, su tradicional Eta y su tribal Aino dieron a los japoneses algo sobre lo que

5 Walter Bagehot, *Physics and Politics*, New York: Appleton-Century-Crofts, 1873, capítulos III y IV: “Nation-making”.

6 Lucy Mair, “Divide and Rule in the New Countries”, *New Society*, n° 37, junio 1963, p. 18.

ejercer su exclusividad racial. Como un vuelco final, algunos centros de los antiguos imperios están recibiendo ahora una migración inversa desde sus antiguas colonias. Los negros de las Indias Occidentales están incorporándose a los estratos inferiores de la fuerza de trabajo británica, como sucede con los argelinos en Francia y los puertorriqueños en Nueva York.

El concepto de estado-nación ha sido poderoso en una época de construcción y de ruptura de imperios; una época en la que la idea se esparció, como dijo Park, como una epidemia; una extraña epidemia, dado que los países europeos que la esparcieron hicieron lo posible para prevenir que otros se lo apropiaran –aquellos que formaban parte de sus propios imperios, en cualquier grado. El estado-nación, lejos de eliminar las relaciones raciales, las intensifica; su ideología de la correspondencia entre las fronteras culturales y raciales, y las fronteras políticas, convierte en problemas internos a problemas que eran externos o internacionales en los días del imperio o en las épocas más primitivas de gobierno tribal. Hizo que grandes cantidades de individuos humanos tomaran consciencia de la raza como una característica personal fatídica, determinando los términos de su lucha por un lugar. Hizo que grupos enteros de personas se volvieran conscientes de sí mismos como portadores de un estatus, no solamente en su propia región, sino en el mundo. La raza, en nuestro sentido amplio, fue transformada en una parte importante de los procesos políticos, económicos y sociales en una amplia porción del mundo. Las Naciones Unidas se han convertido en un órgano de la opinión mundial que hace de cada problema racial doméstico también un problema diplomático e internacional.

Las relaciones entre razas están ahora incluso más agitadas que cuando Park escribía. Ofrecen un laboratorio viviente más rico y más variado que nunca para cualquier sociólogo que considere ir al extranjero para otra cosa que no sea asistir a congresos. Pero no es precisamente un laboratorio lo que ofrecen, dado que tenemos sólo una oportunidad para observar, comprender y actuar.

Por supuesto, no necesitamos ir al extranjero. La agitación racial está aquí en casa. En América del Norte, dos viejos estados-nación contienen a dos de las más antiguas minorías establecidas en el mundo, los afroamericanos y los franco-canadienses. Cuando las llamo antiguas, me refiero a la duración de su posición en los estados-nación de los que forman parte. Los afroamericanos, ayudados por algunos otros, están comprometidos en la más masiva, determinada, urgente y minuciosa lucha por la igualdad. Los franco-canadienses están demandando vigorosamente la revisión del acuerdo sellado hace un siglo por la confederación de las provincias en un dominio único.

Aunque siempre han existido agitadores en ambas minorías, hubo largos periodos de calma basados en una alianza entre las clases dirigentes de cada minoría y los grupos dominantes, y una aceptación implícita por la masa del pueblo. Durante estos periodos, el grupo dominante aparentemente pensó que se había establecido un equilibrio por tiempo indeter-

minado, con cambios que se desarrollaban tan lentamente que no lo alteraban. Podría haberse dicho de las sociedades norteamericana y canadiense aquello que Park decía de todas:

Toda sociedad representa una organización de elementos más o menos antagónicos entre sí pero unificados por el momento, al menos, en virtud del arreglo que define las relaciones recíprocas y la respectiva esfera de acción de cada uno. Este acomodamiento, este *modus vivendi*, puede ser relativamente permanente como en una sociedad constituida por castas, o bastante transitorio como en sociedades conformadas por clases abiertas. En cada caso, el acomodamiento, mientras es mantenido, asegura un estatus reconocido para el individuo o para el grupo...

284

Mientras dura el acomodamiento, el antagonismo de los elementos hostiles está regulado, y el conflicto desaparece en tanto acción manifiesta, aunque permanece latente como una fuerza potencial. Con un cambio en la situación, fracasan los ajustes que habían mantenido controladas hasta ese momento a las fuerzas antagonistas. Hay una confusión y un malestar que pueden resultar en conflicto abierto. Invariablemente, el conflicto... se resuelve en un nuevo acomodamiento u orden social, que en general incluye un cambio de estatus en las relaciones entre los participantes.<sup>7</sup>

La visión de la sociedad de Park es que los arreglos de estatus son siempre tentativos y susceptibles de ser cuestionados. En nuestras dos minorías, muchos de los más jóvenes están cuestionando el acuerdo –el arreglo de estatus– realizado por sus antepasados y consentido por sus mayores (dado que el no actuar es considerado consentimiento). Pero ¿cuál es la perspectiva temporal que las partes atribuyen a un acuerdo? Se espera que el grupo con mayor interés en el *status quo* considere al acuerdo como permanente, y lo justifique a través de distintos dispositivos –como la doctrina de la superioridad y la inferioridad raciales. El grupo desfavorecido en su estatus puede usar algún principio de permanencia, que ha sido violado por el acuerdo de estatus que se les impuso por la fuerza. Así, una minoría nacional, como los franco-canadienses, probará que estuvo allí primero; que es una nación más antigua que el opresor. La función del folklore es determinar la antigüedad y los derechos fundados en ella. Las minorías tribales coloniales pueden alcanzar una especie de eternidad apocalíptica, como Nadine Gordimer ha escrito tan bien acerca de los africanos:

Puedes asegurarte la gloria en el futuro, en el cielo, pero si eso parece nebuloso para ti –y los africanos están cansados de esperar cosas– puedes asegurarte la gloria en el pasado. Tendrá exactamente el mismo tipo de efecto sobre ti en el presente. Más allá de todo, te sentirás digno tanto de tu futuro como tu pasado.<sup>8</sup>

7 R. E. Park y E. W. Burgess, *Introduction to the Science of Sociology*, Chicago: University of Chicago Press, 1921, p. 665.

8 Nadine Gordimer, *Occasion for Loving*, New York: Viking, 1960, pp. 9-10.

En ambas minorías, los afroamericanos y los franco-canadienses, la perspectiva temporal de los acuerdos pasados está siendo puesta en cuestión; en ambos casos, el grupo dominante pide que el acuerdo sea permanente o que sea modificado pero lentamente.

¿Por qué el gran estallido de descontento y la demanda de cambio en estas dos minorías se dan justo en este momento? Ciertamente, han ocurrido grandes transformaciones en la situación de ambas. En el último censo, los franco-canadienses se han vuelto más urbanos que los demás canadienses; los negros, más urbanos que otros norteamericanos. Con la caída precipitada de la fuerza de trabajo agrícola de ambos países, estas minorías han experimentado cambios en la estructura ocupacional que son probablemente mayores que los del resto de la población. Ambas minorías, en el orden urbano e industrial en que se apoya ahora su destino, están concentradas en puntos más bajos de la escala socioeconómica que los grupos dominantes.

Estas similitudes pueden parecer forzadas. Recubren grandes diferencias. Los franco-canadienses no sufren, ni jamás han sufrido, inhabilidades civiles o personales; no han tenido que ofrecer deferencia a otros. No se hereda ningún rango social siendo franco-canadiense; la única aristocracia que ha existido en Canadá fue francesa. En Canadá, las instituciones francesas son más venerables que las inglesas. Los franco-canadienses han encabezado el gobierno nacional y siempre controlaron los gobiernos de su provincia y de la mayoría de las ciudades que en ella existen.

Las dos minorías se parecen en haber pasado de una condición rural a una urbana, y hallarse por ello en una posición de creciente desventaja; y precisamente en el momento de la historia en que tal desventaja ya no es un problema puramente doméstico. Pero buscan remedios opuestos. Los afroamericanos quieren desaparecer como grupo definido; quieren tornarse invisibles en tanto grupo, mientras cada uno de ellos se vuelve visible en tanto ser humano. Sólo así serán juzgados, en las múltiples relaciones de la vida estadounidense, por las características pertinentes de cada cual. No quieren ser vistos ni como negros ni como si no lo fuesen, sino como si eso no fuese importante. Al contrario, los franco-canadienses no luchan por su sobrevivencia como individuos –en ese aspecto, sus problemas son los mismos que los del resto de los canadienses– sino por su sobrevivencia en tanto grupo dotado de una plena posición social, económica y política.

Estos dos fines aparentemente opuestos representan una de las dialécticas de los seres humanos y los grupos con los que se identifican y son identificados. ¿Cuán similar o diferente de otro puedo o podemos ser? ¿En qué aspectos? Suele pensarse que los judíos del mundo occidental encuentran estas preguntas difíciles, y las soluciones inestables. Un grupo como los afroamericanos se ubica en un extremo –en el que todo está por ganar con la reducción de la percepción social de las diferencias. Su fin será alcanzado cuando las características negroides y la ascendencia africana ya no importen, no menos que otros rasgos físicos y peculiaridades genealógicas. En ese punto, no habrá ningún acuerdo racial. Si todas

## Relaciones raciales e imaginación sociológica

Everett C. Hughes

las personas conocidas como negros –y sus futuros descendientes– han de estar contentos al borrar así su pasado colectivo y todos los rasgos de cultura afroamericana, eso es otro asunto.

Algunos afroamericanos han perdido la esperanza de que los blancos cumplan alguna vez el pacto de la igualdad de derechos para todos propio de la ideología norteamericana. Rechazan todo lo norteamericano –el país, la religión cristiana, sus nombres anglosajones; denominándose musulmanes negros, reclaman una completa y eterna diferencia de los americanos blancos y buscan desarrollar una solidaridad entre los negros que les permita luchar y acordar un mundo separado. Para apoyar su reclamo, han imaginado para sí mismos un pasado glorioso como los musulmanes que fueron el azote de Europa y la cristianidad a través de los siglos. Se proyectan a sí mismos en un futuro apocalíptico cuando, a la manera de los cultos cargo, su barco vendrá y la maligna raza blanca será destruida.<sup>9</sup> Recuérdese que esto no sucede en los mares del Sur, en el África negra o entre los indígenas desposeídos, sino entre estadounidenses urbanos. La cuestión que debemos plantearnos es en qué punto la gente pierde la confianza en los “otros” con quienes está destinada a convivir, como para rechazar todos los símbolos colectivos de la sociedad que comparten, y borrar de su habla todas las frases que implican una humanidad común. Semejante *apartheid* simbólico no ha sido la mentalidad prevaleciente entre los afroamericanos, pero está al acecho lista para ser traída a la luz con cualquier desaire que produzca alienación. El balance favorece todavía al movimiento por la integración completa.

Tal es así que algunos negros están reclamando un tratamiento especial para acelerar la integración, sobre la base de que la discriminación pasada los ha cargado con una desventaja competitiva que llevará mucho tiempo revertir. De esa manera, por el momento, parecen pedir que su negritud no sea olvidada, para que así pueda serlo en el largo plazo. Lo nuevo es el vigor y la urgencia de la demanda negra, no su dirección o las ideas que la apuntalan. Fueron ese vigor y esa urgencia lo que los sociólogos, y otras personas, no previeron, aun cuando sabían que los negros no estarían contentos por siempre con su situación, y deberían haber percibido que la contradicción entre “velocidad” y “pausado” se convertirían en objeto de ingenio y de ira.

En Canadá, la tensión entre franceses e ingleses siempre existió, y siempre giró en torno a la cuestión de la sobrevivencia y el estatus de los franceses como una entidad lingüística, cultural y política. Los franco-canadienses creen que una gran parte de los anglo-canadienses asumen que la Canadá francesa dejará de existir, y debe hacerlo, al igual que los

9 M. Eliade, “Cargo-Cults and Cosmic Regeneration”, en S. L. Trupp (comp.), *Millennial Dreams in Action. Comparative Studies in Society and History*, Suplemento II, LA Haya: Mouton, 1962, pp. 139-143. Véase otros artículos en este volumen. Los miembros de tales cultos son obligados a prepararse para el gran día, no por medio de la acción política, sino por la estricta abstinencia de todo contacto con el enemigo y sus obras.

anglo-canadienses creen que muchos estadounidenses asumen que la misma Canadá dejará de existir, y debe hacerlo. De vez en cuando, la tensión se vuelve más grande y aparecen movimientos nacionalistas franceses. En tiempo de guerra, los anglo-canadienses acusan a los franco-canadienses de tener insuficiente devoción por la causa, mientras los franco-canadienses sienten que los otros intentan decirles cuál es su deber. Durante la gran depresión, había tensión sobre los empleos y el peso del desempleo, centrada en el hecho de que la dirección y la propiedad de la industria eran inglesas, mientras el trabajo era francés.

El actual movimiento es el primero de importancia en tiempos de paz y prosperidad, cuando los críticos pueden decir, y lo hacen: “Nunca las tuvieron tan bien. ¿Qué es lo que quieren?” Seguramente, se trata de una *drôle de paix* en la que algunos otros canadienses quieren que los franceses se unan con más ganas en la campaña contra Castro –como deberían, se dice, por el hecho de ser católicos y por ello supuestos líderes en la batalla contra el comunismo. No sólo las circunstancias son distintas de las que existían en tiempos de los más tempranos recrudescimientos nacionales, sino que la misma retórica es opuesta, y algunos de los más ardientes líderes de entonces son denominados complacientes, o incluso traidores.

Los anteriores líderes nacionalistas franceses invitaban a los demás canadienses a respetar el acuerdo de la Confederación en todo Canadá; el bilingüismo y el sostén público a las escuelas católicas debían imperar, o al menos ser tolerados, en todos lados, no solamente en Quebec. Los franceses debían tener paridad, su justa proporción en todas las posiciones en el gobierno y eventualmente en los negocios y en la industria. Pero para merecer su sobrevivencia, los franco-canadienses debían conservar sus virtudes rurales, incluyendo una alta tasa de natalidad que les haría ganar, a su debido tiempo, una victoria a través de la descendencia. Para conservar esas virtudes, los desempleados y los hijos sobrantes de los granjeros, deberían ir al norte para liberar nuevas tierras y establecerse en ellas. Sólo de ese modo podrían salvarse de los vicios de la ciudad, considerados ingleses, norteamericanos –y judíos. Para documentar su carácter de socios fundadores de Canadá, cultivaron el folklore y la canción; sus novelistas escribieron sobre el desmonte de la tierra, sobre el transporte de leños a través de los ríos luego del deshielo de la primavera, sobre la transferencia de la tierra de padres a hijos. Enfatizaron su lugar como verdaderos canadienses –*canadiens* sin adjetivo calificativo– mientras los anglo-canadienses eran *anglais*, o tal vez *canadiens anglais*.

De ese modo, la igualdad de derechos con los ingleses en un país común fue el tema de la mayoría de los primeros líderes, y era el sentimiento de la mayoría de los franco-canadienses, estuviesen activamente involucrados en algún movimiento o no. Pero el nuevo movimiento habla de separación del Estado de Quebec –no de la provincia– con respecto a Canadá; si no de separación, al menos de una nueva constitución que le dé a Quebec un estatus especial. Llama *québécois* al pueblo francés de Quebec. Los anglo-canadienses son llamados *canadians*, con ortografía inglesa, y la palabra francesa *canadien* es evitada. Se habla del gobierno de Ottawa como si fuese un poder externo que mantiene una tutela colo-

nial injusta, se reprocha a los *québécois* por aceptar ser el único pueblo blanco colonizado del mundo y, realmente, uno de los pocos pueblos colonizados, blanco o de color. En lugar de buscar el bilingüismo en todo Canadá, el ala más extrema —e incluso algunos grupos relativamente conservadores— demandan un Quebec con una lengua, el francés, y la completa independencia fiscal con respecto a Canadá. El movimiento toma la doctrina del estado-nación en su forma extrema como la meta que debe ser alcanzada.

En lugar de alabar la vida rural, hablan de un Quebec urbano e industrial, que resolverá sus problemas convirtiéndose en amo de su propia casa. Desechan el regreso a la tierra y la victoria a través de la descendencia como sueños que apartan a los franco-canadienses del logro de metas realistas. Esas metas de bienestar para un pueblo urbano e industrial han de ser obtenidas a través de medios socialistas, y rompiendo el poder del capitalismo yanqui.

Algunos hablan de Freud, Marx y la alienación. En la crítica literaria, hablan de emanciparse de la obsesión con el pasado, las fronteras, la tierra y Francia; no de negar el pasado y la identidad francesa, pero sí de darlos por sentados mientras enfrentan sus problemas como gente norteamericana que vive en ciudades, como personas que no necesitan ninguna justificación salvo que existen y tienen los mismos problemas que tienen los demás.

No son muchos los que usan la nueva retórica en su forma extrema, pero ha permeado una gran cantidad de la escritura y el discurso político franco-canadiense. Se ha esparcido mucho más rápido de lo que se esperaba. Hay algunos grupos extremos que se han volcado a los atentados con bombas contra los símbolos de la hegemonía británica —una estatua de la reina Victoria, una base de reclutamiento militar, buzones situados en los que se consideran barrios ingleses acomodados. Los miembros de esta pequeña secta terrorista no son los líderes del movimiento separatista, pero su existencia y temperamento indican la intensidad del sentimiento general de malestar. Los arrestados y acusados por los atentados son jóvenes alienados de la ciudad, no intelectuales, sino parte del lumpen-proletariado de empleados y oficinistas (*white collar*), que se encuentran sub-ocupados. Se ha dicho que el movimiento separatista en su conjunto está formado por pequeños burócratas del comercio y el gobierno. En su forma más moderada, el movimiento ha atraído a personas de diversas clases, cuya retórica se orienta en la dirección de un estatus especial para el estado de Quebec, de una renegociación de los términos de la Confederación.

Volviendo a nuestro país, lo nuevo acerca del movimiento negro no son sus fines últimos y su retórica, sino sus fines inmediatos, su masividad y su estructura. Se puso en marcha y ganó amplitud como una lucha por el derecho igualitario a consumir bienes y servicios —comida, transporte, educación, vivienda y entretenimiento. Esta es la meta de personas que tienen al menos algo de dinero para gastar y la aspiración de gastarlo como otros lo hacen. Los afroamericanos que lideraron las primeras sentadas eran realmente tan estadounidenses que parecían más humillados por no poder gastar el dólar que si no hubieran tenido un dólar que gastar. “Mi dinero es tan bueno como el de otros” es probablemente

la expresión última de la democracia norteamericana. Encontramos aquí la gran paradoja en la estructura social norteamericana. Mientras que nuestra frontera racial es, junto con la sudafricana, la más cerrada del mundo, tenemos por mucho la más extensa clase media negra del mundo, y la mayor cantidad de negros que se va acercando a los gustos de la clase media occidental y cuentan con el dinero para satisfacerlos en cierta medida. Esto puede deberse al hecho de que fuimos el primer país en el que la industria dependió de sus propios trabajadores como sus mejores clientes, y en el cual el movimiento ha ido más lejos en esa dirección.<sup>10</sup> A pesar de las desventajas que los afroamericanos padecen tanto en el empleo como en los ingresos, están lo suficientemente bien como para sentir las barreras que les impiden asimilarse con sus vecinos blancos. Esto expresa un gran cambio en la propia estructura social de la comunidad negra; las metas y la estructura social son, sin duda, una función de la otra. En la lucha por el consumo, parece haber sido generalmente cierto que los participantes negros eran de una clase social más elevada que los blancos que los atacaron, o quizás las luchas raciales movilizan a la fracción de clase baja de la gente blanca.

Ahora que el movimiento por la igualdad del derecho a consumir se ha intensificado – especialmente en el sur – el movimiento por la igualdad en el empleo ha ganado gran impulso en el norte. Cuando, durante la guerra, algunos de nosotros trabajábamos para atraer a los negros a los empleos industriales en Chicago, nuestro primer objetivo era ubicarlos en empleos semi-calificados en la producción, y mantenerlos fuera de las tareas de mantenimiento y el trabajo no calificado. El esfuerzo actual apunta más alto – a los tipos de empleos controlados por los sindicatos de oficios, y especialmente aquellos en la construcción. Dado que, en las precarias actividades estacionales de la construcción, las pasantías y los empleos están rigurosamente controlados por camarillas étnicas y familiares. La batalla por la igualdad del derecho a consumir será ganada mucho tiempo antes de que se abra el acceso a toda clase de entrenamiento y de puestos de trabajo. Existen muchas grietas inaccesibles en el mercado laboral norteamericano. No he visto ningún buen informe de qué clase de personas se manifiestan en las obras en construcción, pero aparentemente muchos de ellos nunca han participado antes en manifestaciones. Creo que debemos exceptuar que cada nuevo objetivo inmediato, sea por el derecho a consumir o a trabajar, traerá nuevos tipos de participantes.

Uno de los casos más sorprendentes de esto es la movilización de la (negra) Asociación Médica Nacional (*National Medical Association*). La prensa reportó que miembros de la Asociación Médica Nacional hicieron un piquete en la convención de la Asociación Médica Norteamericana (*American Medical Association*) en Atlantic City y su sede central en

10 F. P. Spooner muestra que en Sudáfrica el alto nivel de vida de los blancos se apoya en la pobreza de los negros; siete octavos de la mano de obra en la minería, que es la industria que trae dinero al país, es negra. Las industrias del consumo importan materias primas con las divisas obtenidas del comercio exterior minero, y produce a precios que sólo los blancos pueden pagar. *South African Predicament. The Economics of Apartheid*, New York: Praeger, 1960, pp. 181 y ss.

Chicago. El secretario ejecutivo permanente de la asociación negra se declaró contrario al piquete dado que habría de avergonzar a sus buenos amigos de la Asociación Médica Norteamericana; pero fue informado de que el joven presidente dijo que él mismo habría liderado el piquete. Los médicos negros han sido notoriamente conservadores en su ataque contra la discriminación racial –incluso la que los afectaba. Tranquilamente instalados en sus consultas generales con pacientes que los médicos blancos no querían, disfrutaban de una cierta seguridad basada en que estaban contentos con atender en sus propios consultorios o en hospitales segregados, dejando a aquellos pacientes negros que podían acceder a otros hospitales para ver a médicos blancos. Pero esa seguridad está en peligro. Los médicos negros ya no tienen el cuasi monopolio sobre los pacientes negros, dado que los pacientes pueden ser parte de esquemas de seguro de salud que les dan acceso a clínicas u hospitales y que han de pagar sus cuentas. Los pocos hospitales negros segregados están generalmente en una condición triste y declinante. Los jóvenes médicos negros no quieren atar a ellos su destino profesional. Sin embargo, detrás de todo esto subyace un cambio general en la estructura de la organización médica. Los bienes de capital de la medicina están concentrados cada vez más en hospitales y clínicas; el paciente y el médico se encuentran en el sitio en que se hallan las herramientas, las máquinas y el personal auxiliar. Si el paciente negro tiene más acceso a ellos que el médico negro, este último está en una penosa posición. De este modo, un cambio general en la estructura social de las instituciones médicas golpea fuertemente en la posición de una de las elites afroamericanas. Si los médicos negros más jóvenes quieren sobrevivir, deben acceder a las principales instituciones de la medicina moderna; eso significa especialización, acceso a las clínicas, hospitales y laboratorios, pertenencia a varios grupos de colegas y capacidad para moverse libremente. La Asociación Médica Norteamericana es el bastión de la más vieja organización de la medicina, dado que el poder de aceptar nuevos miembros está completamente en manos de las asociaciones médicas de condado, dominadas por médicos locales que no simpatizan con las tendencias modernas en medicina, tanto como probablemente se opongan a reconocer a los negros como colegas plenos.

Tal vez fue necesaria esta combinación de cambios en la estructura de las instituciones médicas, más el impulso de un gran movimiento social, para mover a los relativamente ricos y bien establecidos a una acción tan indigna como hacer un piquete. El cambio en las instituciones médicas brinda a los médicos negros más jóvenes un motivo para rechazar los acuerdos de los más viejos; el nuevo movimiento les da la voluntad y el coraje.

La clase media negra más antigua –en el clero, la enseñanza, las leyes, la medicina, los seguros y la empresa– se constituía en instituciones segregadas. Obtenía apoyo de parte de los blancos y sus organizaciones con el acuerdo implícito de que no habría ninguna otra clase media negra que aquella que podía fundarse en la prestación de servicios a clientes negros; como decía Park, el arreglo daba a ciertos negros un lugar definido y un campo de actividad. Ahora que estas instituciones experimentan cambios como aquellos observados

en la medicina, la base misma de la vieja elite negra se vería alterada incluso si no hubiese cambios en la propia línea racial.<sup>11</sup>

Pero esa línea está cambiando. Con cada incremento del acceso de los afroamericanos al consumo y a las instituciones de servicios, la seguridad de la vieja clase media negra, que dependía de la prestación segregada de servicios, recibe un nuevo golpe; y se abre otro frente en la batalla por la igualdad en la producción y la distribución de bienes y servicios. Como tantas batallas en tiempos de grandes cambios, se trata en parte de una lucha de generaciones. En el sistema –más amplio, más itinerante y más cosmopolita– de distribución de servicios profesionales en que los jóvenes deben desarrollar sus carreras, el patrocinio de colegas especializados y la buena opinión de los pares, cuenta más que el favor de una clientela local o un líder blanco local. Mientras que los estándares de juicio entre los pares profesionales son en parte objetivos y universales, las comunidades especializadas en el mundo académico, científico y profesional son pequeñas y las relaciones son bastante personalizadas. La gente se resiste a contratar a un extraño. Este es el frente en que los académicos y profesionales afroamericanos deben avanzar.<sup>12</sup>

Otra nueva característica del presente movimiento es que algunos blancos se han unido a él, no meramente con apoyo financiero sino en la misma acción directa. Algunos pocos dignatarios religiosos blancos (protestantes, católicos y judíos) no sólo han prestado sus voces, sino también sus cuerpos en las manifestaciones. Más numerosos son los jóvenes blancos, principalmente estudiantes, que se han unido –quizás con mayor riesgo– a las marchas, manifestaciones y sentadas tanto en el norte como en el sur. Este es otro asunto del que hablaba Park en 1923, hace cuarenta años:

Lo que ha sucedido con otros pueblos en este mundo moderno, ha sucedido, está sucediendo, con el negro. La libertad no les ha dado la oportunidad que esperaban de

11 E. Franklin Frazier, *The Black Bourgeoisie*, New York: Free Press, 1957. Se trata de la clase media de la que Frazier escribió con mordacidad.

12 No he comentado el rol que juegan en este movimiento las más viejas organizaciones establecidas para mejorar la condición de los negros, para conquistar sus derechos, o para consolidar su posición. Las Ligas Urbanas tuvieron originalmente la forma de agencias sociales, con juntas directivas de ciudadanos destacados y financiadas por fondos comunitarios y donaciones. La Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color (*National Association for the Advancement of Colored People*) fue inicialmente tanto una organización de lucha como una organización de elite, sin las características de una agencia filantrópica; se convirtió en el órgano de la acción legal. La novedosa acción directa fue desarrollada por gente nueva. Parece estar emergiendo una división del trabajo entre ellas, siendo la acción directa popular la que anima al conjunto. Esta es una característica lo bastante común de los movimientos sociales; mientras algunas organizaciones se establecen en un estilo de negociación o de acción, nuevos estilos de acción florecen alrededor de líderes nuevos, no oficiales, carismáticos.

participar en la vida común de América y del mundo. Los negros están impacientes y buscan. De hecho, todos estamos impacientes.

En algunos aspectos, sin embargo, me parece que el negro, como todos los demás pueblos desheredados, es más afortunado que las razas dominantes. Está inquieto, pero sabe lo que quiere. En su caso, al menos, los tópicos están claramente definidos. Más que eso, en esta lucha racial, gana día a día no simplemente nueva fe en sí mismo, sino nueva fe en el mundo. Dado que no quiere otra cosa que la que desea que se dé a cualquier otro hombre en los mismos términos, siente que las grandes fuerzas que moldean los destinos de los pueblos están de su lado. Es siempre una fuente de gran poder para cualquier pueblo cuando sienten que sus intereses, lejos de ser opuestos, se identifican en realidad con los intereses de los antagonistas. Nosotros, miembros de las clases dominantes, acomodadas, por nuestra parte, nos vemos llevados a una especie de resistencia obstinada e irracional a las demandas de los negros, o nos colocamos en la posición de espectadores que simpatizan con ellos, compartiendo vicariamente sus luchas pero sin ser nunca realmente capaces de hacer que su causa sea incondicionalmente la nuestra.<sup>13</sup>

La resistencia obstinada e irracional de la que hablaba Park es evidente, y aparentemente más en el frente del consumo que en el frente del empleo. Quizás el ego norteamericano está más centrado en el consumo simbólico de la vivienda entre los vecinos adecuados antes que en tener el trabajo y los colegas correctos. ¿Pero qué sucede con aquella gente blanca que se une a la acción en nombre de la igualdad de los negros? ¿Son tan sólo espectadores que simpatizan? Esto plantea preguntas sobre el papel de las personas sin desventajas de estatus en las luchas de aquellos que tienen una desventaja. El clero y mucha gente blanca están, por primera vez, participando en la acción abierta en nombre de un principio eterno que presumiblemente han creído y predicado. En este caso, la consciencia parece haber emergido sólo después de que el movimiento, iniciado y conducido por la parte injuriada, adquirió impulso y mostró algunos signos de éxito. Esta sugestión en cierto modo cínica no es una respuesta al siguiente problema: ¿Qué circunstancias redefinen de tal manera una situación social que algún principio moral eterno no sólo es considerado como algo que debe ser aplicado, sino como algo que requiere una acción drástica del tipo que los guardianes de ese principio normalmente no consideran apropiada? Algunos años atrás, Samuel Stouffer descubrió que los líderes de las comunidades norteamericanas son más liberales en muchos temas que la gente con menos influencia. Sobre lo que su estudio no arrojó luz es lo

13 Robert E. Park, "Negro Race Consciousness as Reflected in Race Literature", *American Review*, I (sept.-oct., 1923), pp. 505-516, reproducido en R. E. Park, *Race and Culture*, New York: Free Press, 1950, pp. 284-300.

siguiente: ¿Cuándo inician esos líderes tolerantes una acción para poner en práctica sus puntos de vista? En muchos aspectos, la respuesta es que no inician ninguna acción. En algunas ciudades sureñas, esos líderes de la comunidad de negocios que responderían a la descripción de Stouffer, comienzan a apoyar a los negros cuando el movimiento está en marcha y una oposición persistente de otra clase de líderes comunitarios pone en peligro la prosperidad y la paz.<sup>14</sup>

Si la población blanca va a mantener su simpatía es una cuestión; si van a permanecer como observadores es otra. La alternativa a ser un espectador es entrar en acción. Cuanto más insistentes se tornen los negros con respecto a la igualdad, más el resto de la gente será forzada a actuar en un modo u otro. En la medida en que deberán actuar, la cuestión es si lo harán a favor o en contra de la causa negra, y con qué intensidad y persistencia. En este momento, el ánimo de los afroamericanos es sostener la pelea hasta que sea ganada. La gente blanca, incluyendo a los funcionarios morales y religiosos, han de persistir sólo en la medida –como sugiere Park– en que estén inquietos y necesiten una causa. Quizás otra causa los gane y los aleje de ésta.

No me gustaría predecir qué equilibrio, qué compromisos, basados en qué acuerdos, han de ser alcanzados en las relaciones raciales norteamericanas. Pero parece que cualquier acuerdo de largo plazo que no establezca un estatus completamente igualitario no será aceptado por los negros. Los compromisos durarán más en ciertos grupos y estructuras que en otros, dependiendo en parte de cuán rápidamente roten los participantes. Los consumidores pueden rotar rápidamente; allí donde el parentesco, la jerarquía y la permanencia prevalecen, como en algunas ocupaciones y organizaciones, nuevas clases de personas se incorporarán lentamente. El tiempo institucional no es el tiempo de los movimientos sociales. Si los negros se contentarán con mantener los viejos acuerdos allí donde la rotación es lenta, y si serán capaces de romper los procesos institucionales lentos, son dos preguntas que no pueden responderse ahora. Debemos preguntar: ¿Cuál ha de ser la tasa de ruptura de la línea racial en varios segmentos de la sociedad?

Incluso si no podemos responder estas preguntas sobre el futuro estado de cosas, podemos al menos especular sobre ellas e incluso sobre aquel estado en el que puede decirse que ya no existe un problema racial. Podemos imaginar un estado de cosas en que negros y

<sup>14</sup>En su estudio sobre una crisis de integración en Front Royal, Virginia, Charles Levy mostró que los líderes más liberales simplemente abdicaron y fueron reemplazados por gente más fanática que no estaba, en tiempos ordinarios, en posiciones de liderazgo. Nuevamente, se trata de un problema estructural: ¿En qué circunstancias, en el marco de esas crisis, un tipo de liderazgo triunfa sobre otro? Ver su tesis de maestría inédita, "School Desegregation in Warren County, Virginia during 1958-1960: A Study in the Mobilization of Restraints", Department of Sociology, University of Chicago, 1961.

blancos, tal como ambos son definidos en nuestra sociedad, estarían distribuidos proporcionalmente entre las celdas correspondientes a ocupación, ingreso, educación, residencia y otras en una gran tabla de la población. Ese improbable estado final no podría ser el resultado inmediato de ningún acuerdo; sólo podría producirse tras un muy largo periodo en que los negros puedan haber penetrado, como algunas tinturas que se absorben lentamente, en los numerosos y pequeños capilares de nuestro complejo sistema social. En realidad, cuando ello ocurra, negros y blancos habrán desaparecido desde tiempo atrás en tanto tipos raciales discernibles. Eso tomará un largo tiempo, incluso si la raza dejase de ser una barrera para al casamiento.

El año pasado planteé la siguiente pregunta a algunos estudiantes: “Supongan que mañana todos los estadounidenses se levantasen con una ceguera con respecto a todas las marcas distintivas de la raza: ¿cuáles serían los resultados de corto y de largo plazo?”. Una estudiante, matemática, calculó cuanta gente de ascendencia blanca, negra y mixta habría en el país tras un cierto número de generaciones. En su fórmula, había algunos presupuestos que no se corresponden con la realidad presente, pero debemos acordar esta licencia a los matemáticos. Otro estudiante pensó que tenemos tal necesidad de subordinar a otros, que inmediatamente infligiríamos a los judíos o alguna otra minoría lo que ahora ocasionamos a los negros; esta puede ser llamada la respuesta “enferma”. Otros basaron sus respuestas a esta pregunta de ciencia ficción en otros presupuestos y elaboraron otras posibilidades. Por su propia iniciativa, un estudiante imaginó que todos los habitantes de Samoa, que pretendemos amar y admirar, desembarcaban una mañana en Los Ángeles, se multiplicaban milagrosamente pero sin un céntimo, y se quedaban a vivir allí. Si las cosas habrían resultado como él las describió, no lo sé. Gabriel Tarde fue el único sociólogo de cierta importancia que alguna vez realizó algo de este tipo por escrito. Imaginó una sociedad en la que los hombres tendrían asegurada suficiente comida y otras comodidades con sólo algunos pocos minutos diarios de trabajo; la fricción económica era así extirpada de la interacción humana. Luego formuló sus nociones de qué pasaría con el sexo, la música, la mente, y muchas otras cosas. Presentó incluso un gentil y satírico relato, producido por los miembros de esa sociedad, acerca de un grupo llamado sociólogos que existieron en una época remota –la época del propio Tarde.

No afirmo que Tarde o aquellos estudiantes a los que di consignas absurdas hayan producido predicciones probables. Al menos, ejercitaron sus imaginaciones sociológicas en modos que no son frecuentes. En el futuro, algunos de ellos podrán abordar problemas no mediante predicciones basadas en la proyección de tendencias de opinión algunos años hacia adelante, sino imaginando un amplio rango de posibilidades, y siguiendo tanto las más fantásticas e improbables como aquellas que parecen más probables e inmediatas.

Recientemente, Herbert Hyman se ha quejado de que “la investigación social aplicada parece más orientada hacia el tema puntual que hacia el problema. Los aspectos latentes de un tema son así descuidados y los diseños de tendencias en la investigación por encuestas

han perdido prestigio”.<sup>15</sup> Estoy de acuerdo con él si su noción de tendencias incluye muchas líneas de cambio, algunas de las cuales no tienen ninguna relación evidente con el problema de marras, todas ellas desarrollándose al mismo tiempo y en varias velocidades. El concepto de tendencia, tal como se lo usa corrientemente, me parece demasiado limitado para estimular la imaginación sociológica hasta su nivel más pleno y fructífero de actividad. Algunos se han preguntado por qué no previmos el gran movimiento de masas de los afroamericanos; puede ser que nuestra concepción de la ciencia social sea tan empírica, tan limitada a pequeños manojos de hechos aplicados a pequeñas hipótesis, que somos incapaces de considerar un amplio rango de posibilidades, de seguir las locamente improbables combinaciones de circunstancias sociales.

A veces se dice que la sociología trata solamente con aquellos procesos de actividad social que se repiten una y otra vez. Esta afirmación, útil a su manera, ha sido quizás tomada con demasiada seriedad. Un proceso puede ser repetible, pero ocurrir en un conjunto de circunstancias que no se han dado nunca, o no se han dado todavía. Cuándo hubo anteriormente una raza-casta de veinte millones de personas, alfabetizada, con las aspiraciones y las aptitudes básicas de una moderna sociedad industrial, con dinero para gastar y los gustos que les hacen querer gastarlo en las mismas cosas que las demás personas de las sociedades altamente industrializadas, pero limitadas por otros en la plena realización de todas estas cosas; viviendo en una sociedad que ha predicado que todos los hombres son creados libres e iguales, y no lo ha practicado completamente, pero lo suficiente como para que con cada incremento de la educación, estándar de vida y acceso a la clase media por parte de la raza-casta, la discrepancia entre la práctica parcial y total de la igualdad se convierte en una herida más profunda y dolorosa. ¿Por qué deberíamos haber pensado, más allá de lo cómodo que resulta, que las relaciones futuras podrían ser predichas en términos de tendencias moderadas, y no con un modelo de cocción a fuego lento que es capaz de alcanzar el calor de la explosión masiva?

Otro posible impedimento para reclamar nuestra licencia completa para considerar todo arreglo humano posible es que internalizamos límites en nuestra imaginación sociológica. Aparentemente, la mayoría de nosotros aceptamos tácitamente el cliché de que blancos y negros no quieren casarse entre si, y que las mujeres blancas nunca se ven atraídas sexualmente por los hombres negros, sin considerar las circunstancias en la que eso no sería ya verdadero (si es realmente verdadero hoy).<sup>16</sup> Uno de los logros de Freud fue romper las

15 H. H. Hyman, “England and America, 1962”, en Daniel Bell (comp.), *The Radical Right*, New York: Doubleday and Co., 1963, p. 238.

16 Algunos novelistas han tratado este tema, no sólo francamente, sino de manera penetrante y con un cierto sentido estético. Entre ellos están Alan Paton, *Too Late the Phalarope*, New York: Scribners, 1952; Nadine Gordimer, *The Lying Years*, New York: Simon and Schuster, 1953, y *Occasion for*

cadenas de la represión de modo que la persona pudiera ajustar su memoria con sus impulsos vergonzantes. Una función del sociólogo es ser esa clase de analista *cum* matemático constructor de modelos para la sociedad humana, que ha de romper las cadenas del pensamiento ordinario y de la inhibición moral para así poder concebir una gran variedad de situaciones humanas, incluso las más escandalosas. Quizás fracasamos en prever los presentes movimientos raciales porque nuestro marco interno está adaptado al comportamiento de rango medio, con ocasionales visitas guiadas hacia los extremos, pero nunca peligrosamente cerca.

296 La clase de liberación de la imaginación de la que estoy hablando requiere un distanciamiento grande y profundo, exige que se ejerza con espíritu juguetón el pensamiento sociológico y la investigación sociológica. Pero ese distanciamiento incluye una profunda preocupación y una intensa curiosidad que no se desentiende de ninguna actividad humana. Es improbable que esa curiosidad se desarrolle en mentes que no están profundamente implicadas en los asuntos humanos, y preocupadas por nuestra imposible raza humana. El distanciamiento y la indiferencia no son lo mismo. Creo que los sociólogos que más contribuirán a la comprensión fundamental, teórica y comparativa de la sociedad humana, y de cualquiera de sus problemas, son aquellos que están tan profundamente preocupados por ella que necesitan un distanciamiento desesperado, casi fanático, para poder ver desde allí con una perspectiva completa.

Nuestro problema no es que estemos demasiado profundamente comprometidos en los asuntos humanos sino que nuestro involucramiento es episódico y limitado al desarrollo de proyectos particulares con objetivos limitados; en síntesis, que somos demasiado profesionales. Mientras que la profesionalización de una actividad puede elevar la idoneidad de algunos que la ejercen por medio de la estandarización de los métodos y la atribución de licencias sólo a aquellos que cumplen un cierto estándar, también puede limitar la actividad creativa, negando la licencia a algunos que van lejos con su imaginación y sus observaciones, y colocando a los candidatos a la licencia (el doctorado) durante tanto tiempo en un chaleco de fuerza que nunca más pueden volver a moverse libremente. Nuestro problema, como sociólogos, en los próximos años, será resistir la tendencia a la profesionalización, y mantener una gran tolerancia hacia aquellos que han de estudiar las sociedades, sin importar cuáles sean sus métodos.

*Loving*, New York: Viking, 1960; y James Baldwin, *Another Country*, New York: Dial Press, 1960. Los novelistas de una época anterior trataban menos la cuestión de las atracciones físicas implicadas en tales asuntos que con el destino de los niños surgidos de tales uniones, *e. g.* Olive Schreiner y Gertrude Millin en Sudáfrica; Lyle Saxon, William Faulkner y otros en nuestro país.

Me gustaría imaginar un estado de cosas en el que habría una vasta y flexible división del trabajo entre nosotros. Algunos de nosotros vuelcan sus esfuerzos en hacer que la sociología sea inmediatamente útil para las personas que llevan a cabo la acción o tienen problemas que resolver; espero que la variedad sirva tanto para los menesterosos y desviados como para los pudientes y reconocidos, para aquellos que buscan soluciones radicales a los problemas de la sociedad como para los que quieren simplemente mantener la estabilidad. Algunos otros construyen modelos de sociedades, grandes y pequeñas, sin pensar demasiado si esas sociedades se corresponden con los modelos que existen en el presente. Dejémoslos ser todavía más libres de lo que son en el ejercicio de sus imaginaciones. Dejemos que aquellos que realizan experimentos sigan adelante, asegurándonos solamente de que no ocasionen daños a las personas sobre las que trabajan y que no contaminen a una generación entera con su propia clase particular de rupturas (que seguramente harían muy bien, si todo el mundo va a la universidad y todos los novatos deben pasar por un experimento para aprobar su primer examen en Psicología y Sociología). Finalmente, algunos de nosotros buscan casos de laboratorio alrededor del mundo para estudiar los problemas de la sociedad humana; y otros, profunda y apasionadamente comprometidos en algún problema de la vida real, describen la realidad al mismo tiempo con la intimidad y el detalle que derivan de la participación y la observación, y con la imaginación utópica que puede concebir toda clase de alternativas al modo en que las cosas son actualmente. Si nos alentamos entre nosotros, y a nuestros estudiantes, para trabajar en variadas maneras, y si todos hacemos nuestras proyecciones hacia el futuro, mayores son las chances de que alguna vez alguno de nosotros acierte con una predicción que sea correcta.

